

secreto vivía en él la contemplación de todas las grandezas de Dios. Y como en el río Jordán (Josué, cap. III, v. 13, seqq.), cuando se puso en medio de él el arca de la ley vieja, para hacer paso al pueblo que caminaba al descanso, en la parte de arriba de él las aguas que venían se amontonaron creciendo, y en la parte de abajo siguieron su curso natural, y corrieron: así naciendo en la naturaleza humana de Cristo Dios, y entrándose en ella, lo alto de ella siempre miró para el cielo, mas en lo inferior corrió como corremos todos, cuanto á lo que es padecer dolores y males.

Por donde debidamente en el Apocalipsi, San Juan (Apocalipsi, cap. v, v. 6, et cap. vi, vii, viii) al Verbo nacido hombre, le ve como cordero, y como degollado cordero, que es lo sencillo, y lo simple, y lo manso de él, y lo muy sufrido que en él se descubría á la vista; y juntamente le vió que tenía siete ojos, y siete cuernos, y que él sólo llegaba á Dios, tomaba de sus manos el libro sellado, y le abría; que es lo grande, lo fuerte, lo sabio, lo poderoso que encubría en sí mismo; y que se ordenaba para abrir los siete sellos del libro: que es el *por qué* se hizo este nacimiento, y la tercera y última maravilla suya. Porque fué para poner en ejecución, y para hacer con la eficacia de su virtud claro y visible el consejo de Dios oculto antes, y escondido, y como sellado con siete sellos. En el cual, siendo abierto, lo primero que se descubre, es un caballo y caballero blancos con letra de victoria: y luego otro bermejo, que deshacía la paz del suelo, y lo ponía en discordia: y otro en pos de este negro, que pone peso y tasa en lo que fructifica la tierra: y después otro descolorido y ceniciento, á quien acompañaban el infierno y la muerte: y en el quinto lugar se descubrieron los afligidos por Dios, que le piden venganza, y se les daba un entretenimiento y consuelo: y en el sexto se estremece todo, y se hunde la tierra: y en el séptimo queda sereno el cielo, y se hace silencio. Porque el secreto sellado de Dios, es el artificio que ordenó para nuestra santificación y salud. En la cual lo primero sale y viene á nuestra alma la pureza blanca de la gracia del cielo, con fuerza para vencer siempre. Sucédele lo segundo el celo de fuego, que rompe la mala paz del sentido, y mete guerra entre la razón y la carne, á quien ya no obe-

dece la razón, antes le va á la mano, y se opone á sus desordenados deseos. A este celo se sigue el estudio de la mortificación triste y denegrido, y que pone en todo estrecha tasa y medida. Levántase aquí luégo el infierno, y hace alarde de sus valedores, que armados de sus ingenios y fuerzas acometen á la virtud, y la maltratan y turban, afligiendo muchas veces, y derrocando por el suelo á los que la poseen, y haciendo de su sangre de ellos y de su vida su cebo.

Mas esconde Dios después de esto debajo de su altar á los suyos, y defendiéndoles el alma debajo de la paciencia de su virtud, adonde le sacrifican la vida, consuélalos, y entretíenlos, y con particulares gozos los rodea y los viste, en cuanto se llega el tiempo de su buena y perfecta ventura. Y probados y aprobados así, alarga á su misericordia la rienda, y estremece todo lo que contra ellos se empinaba en el suelo, y va al hondo la tierra maldita condenada á dar fruto de espinas. Después de lo cual pára todo en sosiego, y en un silencio del cielo. Mas porque ninguna criatura, como San Juan dice, no podía abrir estos sellos, ni poner en luz y en efecto esta obra; convino que el que los hubiese de abrir y de poner en ejecución su virtud, fuese cordero, que es flaco y sencillo por una parte, y por otra tuviese siete ojos y siete cuernos; que son todo el saber y poder: y que se juntasen en uno la fortaleza de Dios con la flaqueza del hombre, para que por ser hombre flaco pudiese morir, y por ser masa santa, fuese su morir aceptable, y por ser Dios, fuese para nosotros su muerte vida y rescate. De manera que nació Dios hecho carne, como Basilio dice (1): *Para que diese muerte á la muerte, que en ella se escondía: que como las medicinas, que son contra el veneno, ayuntadas al cuerpo, vencen lo venenoso y mortal; y como las tinieblas que ocupan la casa, metiendo en ella la luz, desaparecen: así la muerte, que se apoderaba del hombre, juntándose Dios con él, se deshizo. Y como el hielo se enseñoorea en el agua, en cuanto dura la oscuridad de la noche; mas luégo que el sol sale y calienta, le deshace su rayo: así la muerte reinó hasta que Cristo vino; mas después que apareció la gloria saludable de Dios, y después*

(1) En el sermón del nacimiento, poco ha citado, pág. 398 en el mismo lugar.

que amaneció el sol de justicia, quedó sumida en su victoria la muerte, porque no pudo hacer presa en la vida. Oh grandeza de la bondad, y del amor de Dios con los hombres! Somos libertados, y preguntamos cómo, y para qué, debiendo gracias por beneficio tan grande? Qué te habemos, hombre, de hacer? No buscabas á Dios, cuando se escondía en el cielo, no le recibes, cuando descendiendo y te conversa en la tierra; sino preguntas en qué manera, ó para qué fin se quiso hacer como tú? Conoce y aprende: por eso es Dios carne, porque era necesario que esta carne tuya, que era maldita carne, se santificase, esta flaca se hiciese valiente, esta enajenada de Dios se hiciese semejante con él, esta á quien echaron del Paraiso, fuese puesta en el cielo. Hasta aquí ha dicho Basilio.

Y á la verdad es así, que porque Dios quería hacer un reparo general de lo que estaba perdido, se metió Él en el reparo, para que tuviese virtud. Y porque el Verbo era artífice, por quien el Padre crió todas las cosas, fué el Verbo el que se ayuntó con lo que se hacía para el reparo de ellas. Y porque de lo que era capaz de remedio el más dañado era el hombre, por eso lo que se ordenó para medicina de lo perdido fué una naturaleza de hombre. Y porque lo que se hacía para dar á lo enfermo salud, había de ser en sí sano; la naturaleza que se escogió fué inocente y pura de toda culpa. Y porque el que era una persona con Dios, convenía que gozase de Dios: por eso desde que comenzó á tener sér aquella dichosa ánima, comenzó también á ver la divinidad que tenía. Y porque para remediar nuestros males, le convenía que los sintiese; así gozaba de Dios en lo secreto de su seno, que no cerraba por eso la puerta á los sentimientos amargos y tristes. Y porque venía á reparar lo quebrado, no quiso hacer ninguna quiebra en su Madre. Y porque venía á ser limpieza general, no fué justo que mancillase su tálamo en alguna manera. Y porque era Verbo que nació con sencillez de su Padre, y sin poner en él ninguna pasión; nació también de su Madre hecho carne, con pureza, y sin dolor de ella. Y finalmente porque en la divinidad es uno en naturaleza con el Padre y con el Espíritu santo, y diferente en persona; cuando nació hecho hombre, en una persona juntó á la naturaleza de su divinidad la naturaleza diferente de su alma y su cuerpo. Al cual cuerpo, y á la

cual alma, cuando la muerte las apartó, consintiéndolo Él, Él mismo las tornó á juntar con nuevo milagro, después de tres días, y hizo que naciese á luz otra vez lo que ya había desatado la muerte.

Del cual nacimiento suyo, que es el tercero de los cinco que puse al principio, lo primero que agora decir debemos es, que fué nacimiento de veras: quiero decir, nacimiento que se llama así en la sagrada Escritura. Porque como ayer se decía, el Padre en el Salmo segundo, hablando de esta resurrección de su HIJO, como San Pablo lo declara, le dice (Ps. II, v. 7; Act. XIII, v. 33.) *Tú eres mi HIJO, que en este día te engendré.* Porque así como formó la virtud de Dios en el vientre de la Virgen, y de su sangre sin mancilla, el cuerpo de Jesucristo con disposición conveniente, para que fuese aposento del alma: ni más ni ménos en el sepulcro, cuando se llegó la sazón, al cuerpo, á quien las causas de la muerte habían agujereado y herido, y quitado la sangre, sin la cual no se vive, y la muerte misma lo había enfriado y hecho morada inútil del alma; el mismo poder de Dios, abrazándolo y fomentándolo en sí, lo tornó á calentar, y le regó con sangre las venas, y le encendió la fornaza del corazón nuevamente, en que se tornaron luego á forjar espíritus, que se derramaron por las arterias palpitando y bulliendo, y luego el calor de la fragua alzó las costillas del pecho, que dieron lugar al pulmón, y el alma se lanzó luego en él, como en conveniente morada, más poderosa y más eficaz que primero. Porque dió licencia á su gloria que descendiese por toda ella, y que se comunicase á su cuerpo, y que le bañase del todo, con que se apoderó de la carne perfectamente, y redujo á su voluntad todas sus obras, y le dió condiciones y cualidades de espíritu: y dejándole perfecto el sentir, la libró del mal padecer: y á cada una de las partes del cuerpo les conservó ella por sí, con perpetuidad no mudable, el ser en que las halló, que es el propio de cada una.

De manera que sin mantenimiento da sustancia á la carne, y tiene vivo el calor del corazón sin cabelle, y sustenta los espíritus, sin que se evaporen, ó se consuman del uso. Y así desarraigó de allí todas las raíces de muerte, y desterróla del todo, y destruyóla en su reino, y cuando se tenía por

fuerte. Y traspasó su gloria por la carne, que como dicho he, la tenía apurada y sujeta á su fuerza, y resplandecióle el rostro y el cuerpo, y descargóla de su peso natural, y dióla alas y vuelo. Y renació el muerto más vivo que nunca, hecho vida, hecho luz, hecho gloria, y salió del sepulcro, como quien sale del vientre, vivo y para vivir para siempre, poniendo espanto á la naturaleza con ejemplo no visto. Porque en el nacimiento segundo, que hizo en la carne, cuando nació de la Virgen, aunque muchas cosas de Él fueron extraordinarias y nuevas, en otras se guardó en Él la orden común: que la materia de que se formó el cuerpo de Cristo, fué sangre, que es la natural de que se forman los otros; y después de formado, la Virgen con la sangre suya y con sus espíritus hinchó de sangre las venas del cuerpo del HIJO, y las arterias de espíritu, como hacen las otras madres, y su calor de ella, conforme á lo natural, abrigó á aquel cuerpo tiernísimo, y se lanzó todo por Él, y le encendió fuego de vida en el corazón, con que comenzó á arder en su obra, como hace siempre la madre. Ella de su sustancia le alimentó, según lo que se usa, en cuanto le tuvo en su vientre, y Él creció en el cuerpo por todo aquel tiempo por la misma forma que crecen los niños. Y así como hubo en esta generación mucho de lo natural, y de lo que se suele hacer; así lo que fué engendrado por ella, salió con muchas condiciones de las que tienen los que por vía ordinaria se engendran: que tuvo necesidad de comer para reparo de lo que en Él gastaba el calor, y obraba en el mantenimiento su cuerpo, y le cocía, y le coloraba, y le apuraba hasta mudarle en sí mismo; y sentía el trabajo, y conocía el hambre, y le cansaba el movimiento excesivo, y podía ser herido, y lastimado, y llagado; y como los nudos con que se ataba aquel cuerpo, los había anudado la fuerza natural de su Madre, podían ser desatados con la muerte, como de hecho lo fueron.

Mas en este nacimiento tercero todo fué extraordinario y divino: que ninguna fuerza natural pudo dar calor al cuerpo helado en la huesa, ni fué natural el tornar á Él la sangre vertida, ni los espíritus, que discurren por el cuerpo y le avivan, se los pudo prestar ningún otro tercero. El poder solo de Dios, y la fuerza eficaz de aquella dichosa alma dotada de

gloriosísima vida, encendió maravillosamente lo frio, é hinchó lo vacío, y compuso lo maltratado, y levantó lo caído, y ató lo desatado con nudo inmortal, y dió abastanza en un ser á lo mendigo y mudable. Y como ella estaba llena de la vida de Dios, y sujeta á Él, y vestida de Él, y arraigada en Él con firmeza que mudar no se puede: así hizo lleno de vida á su cuerpo, y le bañó todo de alma, y le penetró enteramente, y le puso debajo de su mano, de tal manera que nadie se le puede sacar, y le vistió finalmente de sí, de su gloria, de su resplandor, desde la cabeza á los piés, lo secreto y lo público, el pecho y la cara, que de sí lanzaba más claros resplandores que el sol. Por donde mucho antes David hablando de aqueste hecho decía (Ps. cix, v. 3.) *En resplandores de santidad, del vientre, y del aurora, el rocío de tu nacimiento contigo.* Que aunque ayer por la mañana lo declarastes, Marcelo, y con mucha verdad, del nacimiento de Cristo en la carne; bien entendéis, que con la misma verdad se puede entender de aqueste nacimiento también. Porque el Espíritu santo, que lo ve todo junto, junta muchas veces en unas palabras muchas y diferentes verdades. Pues dice, que nació Cristo, cuando resucitó del vientre de la tierra, en el amanecer del aurora, por su propia virtud, porque tenía consigo el rocío de su nacimiento, con que reverdecieron y florecieron sus huesos. Y esto en resplandores de santidad, ó como podemos también decir, en hermosuras santísimas, porque se juntaron en Él entónces, y enviaron sus rayos, é hicieron públicas sus hermosuras tres resplandores bellísimos: la divinidad que es la lumbre, el ánima de Cristo santa y rodeada de luz, el cuerpo también hermoso y como hecho de nuevo, que echaba rayos de sí. Porque el resplandor infinito de Dios reverberaba su hermosura en el alma, y el alma con este resplandor hecha una luz, resplandecía en el cuerpo, que vestido de lumbre, era como una imagen resplandeciente de los resplandores divinos.

Y aun dice, que entónces nació Cristo con resplandores de santidad, ó con bellezas santas: porque cuando así nació del sepulcro, no nació solo Él, como cuando nació de la Virgen en carne; sino nacieron juntamente con Él, y en Él las vidas, y las santidades, y las glorias resplandecientes de mu-

chos. Lo uno, porque trujo consigo á vida de luz, y á libertad de alegría las almas santas que sacó de las cárceles: lo otro y más principal, porque como ayer de vos, Marcelo, aprendí, en el misterio de la última cena, y cuando caminaba á la cruz, ayuntó consigo por espiritual y estrecha manera á todos los suyos, y como si dijésemos, fecundóse de todos, y cerrólos á todos en sí, para que en la muerte que padecía en su carne pasible, muriese la carne de ellos mala y pecadora, y por eso condenada á la muerte: y para que renaciendo Él glorioso después, renaciesen también ellos en Él á vida de justicia y de gloria. Por donde por hermosa semejanza, á propósito de este nacimiento, dice Él de sí mismo (Joan. c. xii, vv. 24, 25.): *Si el grano de trigo puesto en la tierra no muere, quédase él; más si muere, produce gran fruto.* Porque así como el grano sembrado, si atrae para sí el humor de la tierra, y se empreña de su jugo, y se pudre, saca en sí á luz, cuando nace, mil granos, y sale ya no un grano solo, sino una espiga de granos: así y por la misma manera Cristo metido muerto en la tierra, por virtud de la muerte allegó la tierra de los hombres á sí, y apurándola en sí, y vistiéndola de sus cualidades, salió resucitando á la luz hecho espiga, y no grano.

Así que no nació un rayo solo la mañana que amaneció del sepulcro este sol, mas nacieron en él una muchedumbre de rayos, y un amontonamiento de resplandores santísimos, y la vida, y la luz, y la reparación de todas las cosas, á las cuales todas abrazó consigo muriendo, para sacarlas resucitando todas vivas en sí. Por donde aquel día fué de común alegría, porque fué día de nacimiento común. El cual nacimiento hace ventaja al primero que Cristo hizo en la carne, no solamente en que, como decimos, en aquel nació pasible, y en este para más no morir; y no solamente en que lo que se hizo en este fué todo extraordinario y maravilloso, y hecho por solas las manos de Dios, y en aquel tuvo la naturaleza su parte; y no solamente en que fué nacimiento, no de uno solo como el primero, sino de muchos en uno; mas también le hace ventaja, en que fué nacimiento después de muerte, y gloria después de trabajos, y bonanza después de tormenta gravísima. Que á todas las cosas la vecindad y el cotejo de su contrario las descubre más, y las hace salir: y la buena suer-

te es mayor, cuando viene después de alguna desventura muy grande. Y no solamente es más agradable este nacimiento, porque sucede á la muerte, sino en realidad de verdad la muerte que le precede, le hace subir en quilates: porque en ella se plantaron las raíces de esta dichosa gloria, que fueron el padecer y el morir. Que porque cayó, se levantó; y porque descendió, tornó á subir en alto; y porque (Ps. cix, v. 7.) bebió del arroyo, alzó la cabeza; y porque obedeció hasta la muerte, vivió para enseñorearse del cielo. Y así cuanto fueron mayores los fundamentos, y más firmes las raíces, tanto habemos de entender que es mayor lo que de estas raíces nace. Y á la medida de aquellos tantos dolores, de aquel desprecio no visto, de aquellas invenciones de penas, de aquel desamparo, de aquel escarnio, de aquella fiera agonía; entendamos que la vida á que Cristo nació por ello, es por extremo altísima y felicísima vida.

Mas ¡cuán no comprensibles son las maravillas de Dios! El que nació resucitando tan claro, tan glorioso, tan grande, y el que vive para siempre dichoso en resplandores y en luz, halló manera para tornar á nacer cada día encubierto y disimulado en las manos del sacerdote en la Hostia, como saboreándose en nacer este solo HIJO, este propiamente HIJO, este HIJO que tantas veces, y por tantas maneras es HIJO. Porque el estar Cristo en su sacramento, y el comenzar á ser cuerpo suyo lo que antes era pan; y sin dejar el cielo, y sin mudar su lugar, comenzar de nuevo á ser allí adonde ántes no era, convirtiendo toda la sustancia del pan en su santísima carne, mostrándose la carne como si fuese pan, vestida de sus accidentes, es como un nacer allí en cierta manera. Así que parece que Cristo nace allí, porque comienza á ser de nuevo allí, cuando el sacerdote consagra. Y parece que la Hostia es como el vientre adonde se celebra aqueste nacimiento, y que las palabras son como la virtud que allí le pone, y que es como la sustancia toda la materia y toda la forma del pan que en Él se convierte. Y es señal y prueba de que este nacimiento lo es en la forma que digo, el llamar á Cristo HIJO la sagrada Escritura en este mismo caso y artículo. Porque bien sabéis, que en el Salmo setenta y dos leemos así (Psalmo LXXI, v. 16. según el hebreo LXXI.): *Y habrá firmeza en la*

tierra, en la cumbre de los collados. Adonde la firmeza, según la verdad, significa el trigo, que la Escritura lo suele llamar firmeza, porque da firmeza al corazón, como David en otro Salmo (Ps. ciii, v. 15.) lo dice: y bien sabéis que muchos de los nuestros, y aun algunos de los que nacieron antes que viese Cristo, entienden este paso de este sagrado pan del altar. Y bien sabéis que las palabras originales, por quien nosotros leemos firmeza, son estas *Pisath-Bar*, que quieren puntualmente decir, particilla ó puñado de trigo escogido; y que *Bar*, como significa trigo escogido y mondado, también significa HIJO. Y así dice el profeta que en el reino del Mesías, y cuando floreciere su ley, entre muchas cosas singulares y excelentes habrá también un puñado, ó una particilla de trigo, y de hijo: esto es, que será, el HIJO, lo que parecerá un limpio y pequeño trigo, porque saldrá á luz en figura de él, y le veremos así hecho y amoldado, como si fuese un panecito pequeño.

Y no solamente aqueste consagrarse Cristo en el pan es un cierto nacer, mas es como una suma de sus nacimientos los otros, en que hace retrato de ellos, y los dibuja, y los pinta. Porque así como en la divinidad nace como palabra, que la dice el entendimiento divino: así que se consagra, y comienza á ser de nuevo en la Hostia, por virtud de la palabra que el sacerdote pronuncia. Y como en la resurrección nació del sepulcro con su carne verdadera, pero hecha á las condiciones del alma, y vestida de sus maneras y gloria: así consagrado en la Hostia está la verdad de su cuerpo en realidad de verdad, mas está como si fuera espíritu, todo en la Hostia toda, y en cada parte de ella todo también. Y como cuando nació de la Virgen, salió bienaventurado en la más alta parte del alma, y pasible con el cuerpo, y sujeto á dolores y muerte; y en lo secreto era la verdadera riqueza, y en la apariencia, y en lo que de fuera se veía, era un pobre y humilde: así aquí por de fuera parece un pequeño pan despreciado, y en lo escondido es todos los tesoros del cielo; según lo que parece, puede ser partido, y quebrado, y comido, mas según lo que encubre no puede ni el mal ni el dolor llegar á Él. Y como cuando nació de Dios, se forjaron en Él, como en sus ideas, las criaturas, en la manera que he dicho; y cuando nació en

la carne la recibió para limpiar y librar la del hombre; y cuando nació del sepulcro, nos sacó á la vida á todos juntamente consigo, y en todos sus nacimientos siempre hubo algún respeto á nuestro bien y provecho: así en este de la consagración de su cuerpo tuvo respeto al mismo bien. Porque puso en él, no solamente su cuerpo verdadero, sino también el místico de sus miembros; y como en los demás nacimientos suyos nos ayuntó siempre á sí mismo, también en este quiso contenernos en sí: y quiso que encerrados en él, y pasando á nuestras entrañas su carne, nos comunicásemos unos con otros, para que por Él viniésemos todos á ser por unión de espíritu un cuerpo y un alma.

Por lo cual el pan caliente, que estaba de continuo en el templo, y delante de la arca de Dios, que tuvo figura de aqueste pan divinísimo, le llama *pan de faces* la sagrada Escritura. Para enseñar que este pan verdadero, a quien aquella imagen miraba, tiene faces innumerables: quiero decir, que contiene en sí á sus miembros, y que como en la divinidad abraza en sí por eminente manera todas las criaturas, así en la humanidad, y en este sacramento santísimo, donde se encierra, encierra consigo á los suyos. Y así hizo en este, lo que en los demás nacimientos hizo, que fué nuestro bien, que consiste en andar siempre juntos con él: ó por decir lo que parece más propio, trujo á efecto, y puso como en ejecución lo que se pretendía en los otros. Porque aquí hecho mantenimiento nuestro, y pasándose en realidad de verdad dentro de nuestras entrañas, y juntando con nuestra carne la suya, si la halla dispuesta, mantiene al alma, y purifica la carne, y apaga el fuego vicioso, y pone á cuchillo á nuestra vejez, y arranca de raíces el mal, y nos comunica su ser y su vida, y comiéndole nosotros, nos come Él á nosotros, y nos viste de sus cualidades, y finalmente cuasi nos convierte en sí mismo. Y trae aquí á fruto y á espiga, lo que sembró en los demás nacimientos primeros. Y como dice en el Salmo David (Ps. cx, vs. 4. 5.) *Hizo memorial de sus maravillas el Señor misericordioso y piadoso: dió á los que le temen manjar*. Porque en este manjar, que lo es propiamente para los que le temen, recapituló todas sus grandezas pasadas: que en Él hizo ejemplo clarísimo de su infinito poder, ejemplo de su saber infinito, y de

su misericordia, y de su amor con los hombres, ejemplo jamás oído ni visto. Que no contento, ni de haber nacido hombre por ellos, ni de haber muerto por ponerlos en vida, ni de haber renacido para subirlos á gloria, ni de estar junto siempre, y á la diestra del Padre, para su defensa y amparo: para su regalo y consuelo, y para que le tengan siempre no solamente presente, sino le pueden abrazar consigo mismos, y ponerlo en su pecho, y encerrarlo dentro de su corazón, y como chuparle sus bienes, y atraerlos á sí, se les presenta en manjar, y como si dijésemos, les nace en figura de trigo, para que así le coman y traguen, y traspasen á sus entrañas; adonde encerrado y ceñido con el calor del espíritu, fructifique y nazca en ellos en otra manera: que será ya la quinta, y la última de las que prometimos decir, y de que será justo que ya digamos, si, Sabino, os parece. Y calló.

—Y Sabino dijo sonriéndose: Huelgo: Juliano, que me conocáis por mayor, y bien decía yo, que urdiades grande tela, porque sin duda habéis dicho grandes cosas hasta agora, sin lo que os resta, que no debe ser menos, aunque en ello tengo una duda aun ántes que lo digáis. —Qué? respondió Juliano: no entendéis que nace en nosotros Cristo, cuando Dios santifica nuestra alma? —Bien entiendo, dijo Sabino, que San Pablo dice á los Gálatas: (Ad Galat. cap. iv, v. 19.) *Hijos míos, que os torno á parir, hasta que se forme Cristo en vosotros:* que es decir, que así como el ánima, que era ántes pecadora, se convierte al bien, y se va desnudando de su malicia; así Cristo se va formando en ella, y naciendo. Y de los que le aman, y cumplen su voluntad; dice Cristo (Matth. c. xii, vs. 45, 50.) que *son su padre, y su madre.* Pero como cuando el ánima que era mala se santifica, se dice que nace en ella Jesucristo; así también se dice, que ella nace en Él: por manera que es lo mismo, á lo que parece, nacer nosotros en Cristo, y nacer Cristo en nosotros, pues la razón porque se dice es la misma: y de nuestro nacimiento en Jesucristo ayer dijo Marcelo lo que se puede decir. Y así no parece, Juliano que teneis más que decir en ello. Y esta es mi duda. —Juliano entonces dijo: En eso que dudais, Sabino, habéis dado principio á mi razón. Porque es verdad que esos nacimientos andan juntos, y que siempre que nacemos nosotros en Dios, nace

Cristo en nosotros, y que la santidad, y la justicia, y la renovación de nuestra alma, es el medio de ambos nacimientos. Mas aunque por andar juntos parecen uno, todavía el entendimiento atento y agudo los divide, y conoce que tienen diferentes razones. Porque el nacer nosotros en Cristo es propiamente, quitada la mancha de culpa con que nuestra alma se figuraba como demonio, recibir la gracia y la justicia que cria Dios en nosotros, que es como una imagen de Cristo, y con que nos figuramos de su manera. Mas nacer Cristo en nosotros es, no solamente venir el don de la gracia á nuestra alma, sino el mismo Espíritu de Cristo venir á ella, y juntarse con ella, y como si fuese alma del alma, derramarse por ella, y derramado, y como embebido en ella, apoderarse de sus potencias y fuerzas, no de paso, ni de corrida, ni por un tiempo breve, como acontece en los resplandores de la contemplación, y en los arrobamientos del espíritu, sino de asiento, y con sosiego estable, y como se reposa el alma en el cuerpo: que Él mismo lo dice así (Joan. c. xiv, v. 23.): *El que me amare, será amado de mi Padre, y vendremos á Él, y haremos asiento en Él.*

Así que nacer nosotros en Cristo, es recibir su gracia, y figurarnos de ella; mas nacer en nosotros Él, es venir Él por su Espíritu á vivir en nuestras almas y cuerpos. Venir digo á vivir, y no sólo á hacer deleite y regalo, Por lo cual aunque ayer Marcelo dijo de cómo naceremos nosotros en Dios, queda lugar para decir hoy del nacimiento de Cristo en nosotros. Del cual, pues habemos ya dicho que se diferencia, y cómo se diferencia del nuestro, y que propiamente consiste en que comience á vivir el Espíritu de Cristo en el alma; para que se entienda esto mismo mejor, digamos lo primero, cuán diferentemente vive en ella, cuando se le muestra en la oración, y después diremos, cuándo y cómo comienza Cristo á nacer en nosotros, y la fuerza de este su nacer y vivir en nosotros, y los grados y crecimiento que tiene. Porque cuanto á lo primero, entre esta venida y ayuntamiento del Espíritu de Cristo á nosotros, que llamamos nacimiento suyo, y entre las venidas que hace al alma del justo, y las demostraciones que en el negocio de la oración le hace de sí, de las diferencias que hay, la principal es, que en esto que llamamos nacer, el Es-